

*de la* **TRADICIÓN**  
*a la* **VERDAD**

*La Historia de un Sacerdote Católico Romano*



**RICHARD P. BENNETT**

# De la Tradición a la Verdad

La Historia de un Sacerdote

Richard P. Bennett

# CONTENIDO

Los Primeros Años .....	1
Tratando de Ganar la Salvación .....	2
Pompa Exterior – Vacío Interior.....	3
Orgullo, Caída y una Nueva Hambre .....	4
La Pregunta Máxima .....	5
Dilema Iglesia-Biblia .....	6
Años de Tira y Afloja .....	7
Mi Propia Culpa .....	7
El Punto de Inflexión .....	8
Nuevo Nacimiento a los 48 Años .....	9
Un Misionero Real con un Mensaje Real .....	9
Testimonio del Evangelio de la Gracia .....	10
El Día Presente .....	11
La Razón por la que Comparto .....	11

# DE LA TRADICIÓN A LA VERDAD

## La Historia de un Sacerdote

por Richard Peter Bennett

### **Los Primeros Años**

Nacido irlandés, en una familia de ocho, mi infancia temprana fue plena y feliz. Mi padre fue coronel en el ejército irlandés hasta que se jubiló cuando yo tenía unos nueve años. Como familia, nos encantaba tocar, cantar y actuar, todo dentro de un campamento militar en Dublín.

Éramos una típica familia católica romana irlandesa. Mi padre a veces se arrodillaba para orar junto a su cama de manera solemne. La mayoría de las noches nos arrodillábamos en la sala para rezar juntos el Rosario. Nadie faltaba a Misa los domingos a menos que él estuviera gravemente enfermo. Cuando tenía unos cinco o seis años, Jesucristo era una persona muy real para mí, pero también lo eran María y los santos. Puedo identificarme fácilmente con otros en naciones católicas tradicionales en Europa y con hispanos y filipinos que ponen a Jesús, María, José y otros santos; todos en una olla hirviendo de fe.

El catecismo me lo inculcaron en la escuela jesuita de Belvedere, donde hice toda mi educación primaria y secundaria. Como todo niño que estudia bajo los jesuitas, podía recitar antes de los diez años cinco razones por las que Dios existía y por qué el Papa era cabeza de la única Iglesia verdadera. Sacar almas del Purgatorio era un asunto serio. Las palabras que se citan a menudo: “Es un pensamiento santo y saludable orar por los muertos para que sean libres de pecados”, se memorizaban, aunque no sabíamos lo que significaban estas palabras. Se nos decía que el Papa como cabeza de la Iglesia era el hombre más importante de la tierra. Lo que decía era ley, y los jesuitas eran su mano derecha. Aunque la Misa era en latín, traté de asistir todos los días porque me intrigaba el profundo sentido del misterio que la rodeaba. Se nos decía que era la forma más importante de agradecer a Dios. Se animaba a orar a los santos, y teníamos santos patronos para la mayoría de los aspectos de la vida. No hice de eso una práctica, con una excepción: San Antonio, el patrón de los objetos perdidos, ya que me parecía perder tantas cosas.

Cuando tenía catorce años, sentí un llamado para ser misionero. Este llamado, sin embargo, no afectó la forma en que conducía mi vida en ese momento. De los dieciséis a dieciocho años eran los años más plenos y placenteros que podía tener un joven. Durante este tiempo, me fue bastante bien tanto académica como atléticamente.

A menudo tenía que llevar a mi madre al hospital para recibir tratamientos. Mientras la esperaba, encontré citados en un libro estos versículos de Marcos 10:29-30: *“Respondió Jesús y dijo: De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna”*. Como no tenía idea del verdadero mensaje de salvación, decidí que realmente tenía un llamado para ser misionero.

## **Tratando de Ganar la Salvación**

Dejé a mi familia y amigos en 1956 para unirme a la Orden Dominicana. Pasé ocho años estudiando lo que es ser un monje, las tradiciones de la Iglesia, la filosofía, la teología de Tomás de Aquino y algo de la Biblia desde un punto de vista católico. Cualquier fe personal que tuviera fue institucionalizada y ritualizada en el sistema religioso dominicano. La obediencia a la ley, tanto eclesiástica como dominicana, se me presentó como el medio de santificación. A menudo hablé con Ambrose Duffy, nuestro Maestro de Estudiantes, acerca de que la ley es el medio para llegar a ser santo. Además, para llegar a ser “santo”, quería también estar seguro de la salvación eterna. Memorice parte de la enseñanza del Papa Pío XII en la que dijo: “...la salvación de muchos depende de las oraciones y sacrificios del cuerpo místico de Cristo ofrecido por esta intención”. Esta idea de obtener la salvación a través del sufrimiento y la oración es también el mensaje básico de Fátima y Lourdes, y busqué ganar mi propia salvación, así como la salvación de otros a través de tal sufrimiento y oración. En el monasterio dominicano de Tallaght, Dublín, realicé muchas hazañas difíciles para ganar almas, como tomar duchas frías en pleno invierno y golpearme la espalda con una pequeña cadena de acero. El Maestro de Estudiantes sabía lo que yo estaba haciendo, siendo su propia vida austera parte de la inspiración que yo había recibido de las palabras del Papa. Con rigor y determinación estudié, recé, hice penitencia, procuré guardar los Diez Mandamientos y la multitud de reglas y tradiciones dominicanas.

## **Pompa Exterior – Vacío Interior**

Luego, en 1963, a la edad de veinticinco años, fui ordenado sacerdote católico romano y seguí para terminar mi curso de estudios de Tomás de Aquino en la Universidad Angelicum en Roma. Pero allí tuve dificultad tanto con la pompa exterior como con el vacío interior. A lo largo de los años había formado, a partir de imágenes y libros, imágenes en mi mente de la Santa Sede y la Ciudad Santa. ¿Podría ser esta la misma ciudad? En la Universidad Angelicum también me sorprendió que cientos de personas que asistían a nuestras clases matutinas parecían bastante desinteresadas en la teología. Noté que se leían las revistas *Time* y *Newsweek* durante las clases. Aquellos que estaban interesados en lo que se enseñaba parecían estar buscando solo títulos o posiciones dentro de la Iglesia Católica en sus países de origen.

Un día fui a dar un paseo por el Coliseo para que mis pies pudieran pisar el suelo donde se había derramado la sangre de tantos cristianos. Caminé hacia la arena en el Foro. Traté de imaginarme a esos hombres y mujeres que conocían a Cristo tan bien que estaban gozosamente dispuestos a ser quemados en la hoguera o devorados vivos por las bestias a causa de Su amor abrumador. Sin embargo, el gozo de esta experiencia se vio estropeado porque cuando volvía en el autobús fui insultado por jóvenes burlones que gritaban palabras que significaban “escoria” o “basura”. Sentí que su motivación para tales insultos no era porque defendiera a Cristo como lo hicieron los primeros cristianos, sino porque vieron en mí el sistema Católico Romano. Rápidamente, eliminé este contraste de mi mente, sin embargo, lo que me habían enseñado acerca de las glorias presentes de Roma ahora parecía muy irrelevante y vacío.

Una noche poco después de eso, oré durante dos horas frente al altar mayor de la iglesia de San Clemente. Recordando mi anterior llamado juvenil para ser misionero y la promesa céntupla de Marcos 10:29-30, decidí no tomar el título de teólogo que había sido mi ambición desde que comencé a estudiar la teología de Tomás de Aquino. Esta fue una decisión importante, pero después de una larga oración estaba seguro de que había tomado la decisión correcta.

El sacerdote que iba a dirigir mi tesis no quiso aceptar mi decisión. Para facilitarme la carrera, me ofreció una tesis escrita varios años antes. Dijo que podría usarla como propia si solo hiciera la defensa oral. Esto me revolvió el estómago. Era similar a lo que había visto unas semanas antes en un parque de la ciudad: elegantes prostitutas desfilando con sus botas de cuero negro. Lo que estaba ofreciendo era igualmente pecaminoso. Mantuve mi decisión, terminando la Universidad en el nivel académico ordinario, sin el título.

Al regresar de Roma, recibí la noticia oficial de que me habían asignado un curso de tres años en la Universidad de Cork. Oré fervientemente acerca de mi llamado misionero. Para mi sorpresa, a finales de agosto de 1964 recibí órdenes de ir a Trinidad, Indias Occidentales, como misionero.

## **Orgullo, Caída y una Nueva Hambre**

El 1 de octubre de 1964 llegué a Trinidad y durante siete años fui un sacerdote exitoso, en términos católicos romanos, haciendo todos mis deberes y logrando que muchas personas vinieran a Misa. Para 1972 me había involucrado bastante en el Movimiento Carismático Católico. Luego, en una reunión de oración el 16 de marzo de ese año, agradecí al Señor por ser tan buen sacerdote y le pedí que, si era Su voluntad, Él me humillara para que pudiera ser aún mejor. Más tarde esa misma noche tuve un extraño accidente, me partí la parte de atrás de la cabeza y me lastimé la columna vertebral en muchos lugares. Sin acercarme así a la muerte, dudo que alguna vez hubiera salido de mi estado de autosatisfacción. De memoria, la oración fija mostró su vacío mientras clamaba a Dios en mi dolor.

En el sufrimiento que pasé en las semanas posteriores al accidente, comencé a encontrar algo de consuelo en la oración personal directa. Dejé de rezar el Breviario (la oración oficial de la Iglesia Católica Romana para el clero) y el Rosario y comencé a orar usando partes de la Biblia misma. Este fue un proceso muy lento. No conocía bien la Biblia y lo poco que había aprendido a lo largo de los años me había enseñado más a desconfiar de ella que a confiar en ella. Mi formación en filosofía y en la teología de Tomás de Aquino me dejó indefenso, de modo que entrar ahora en la Biblia para encontrar al Señor era como adentrarse en un enorme bosque oscuro sin un mapa.

Cuando me asignaron a una nueva parroquia más tarde ese año, descubrí que tenía que trabajar lado a lado con un sacerdote dominico que había sido un hermano para mí a lo largo de los años. Por más de dos años tuvimos que trabajar juntos, buscando plenamente a Dios lo mejor que sabíamos en la parroquia de Pointe-a-Pierre. Leímos, estudiamos, oramos y pusimos en práctica lo que nos habían enseñado en la enseñanza de la Iglesia. Construimos comunidades en Gasparillo, Claxton Bay y Marabella, solo por mencionar los pueblos principales. En un sentido religioso católico, fuimos muy exitosos. Muchas personas asistían a Misa. El Catecismo se enseñaba en muchas escuelas, incluidas las escuelas del gobierno. Continué mi búsqueda personal en la Biblia, pero no afectó mucho el trabajo que estábamos haciendo; más bien me mostró lo poco que realmente sabía acerca del Señor y Su Palabra. Fue en ese momento que Filipenses 3:10 se convirtió en el clamor de mi corazón, *“A fin de conocerle, y el poder de su resurrección...”*.

Por esa época el Movimiento Carismático Católico estaba creciendo y lo introdujimos en la mayoría de nuestros pueblos. Debido a este movimiento, algunos cristianos canadienses vinieron a Trinidad para compartir con nosotros. Si bien gran parte de lo que aprendí se centró en señales y prodigios fingidos, a los que luego renuncié, el uso de las Escrituras fue realmente una bendición para mí. El amor que los cristianos canadienses tenían por la Biblia me metió profundamente en ella como fuente autorizada. ¡Comencé a comparar Escritura con Escritura e incluso a citar capítulos y versículos!

Uno de los textos que usaron los canadienses fue Isaías 53:5, “...y por sus llagas fuimos nosotros curados”. Sin embargo, al estudiar Isaías 53, descubrí que la Biblia trata con el problema del pecado por medio de la sustitución. Cristo murió en mi lugar. Era erróneo de mi parte tratar de expiar<sup>1</sup> o tratar de cooperar para pagar el precio de mi pecado. “Si por gracia, ya no es por obras, de otra manera la gracia ya no es gracia” (Romanos 11:6). “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6).

Un pecado particular mío era irritarme con las personas, a veces incluso enojarme. Aunque pedí perdón por mis pecados, todavía no me di cuenta de que era pecador por la naturaleza que todos heredamos de Adán. La verdad bíblica es: “Como está escrito: No hay justo, ni aun uno” (Romanos 3:10), y “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). La Iglesia Católica, sin embargo, me había enseñado que la depravación del hombre, que se llama “pecado original”, había sido lavada por mi bautismo infantil. Todavía tenía esta creencia en mi cabeza, pero en mi corazón sabía que mi naturaleza depravada aún no había sido conquistada por Cristo. “A fin de conocerle, y el poder de su resurrección” seguía siendo el clamor de mi corazón (Filipenses 3:10). Sabía que solo a través de Su poder podría vivir la vida cristiana. Publiqué este texto en el tablero de mi auto y en otros lugares. Se convirtió en la súplica que me motivó, y el Señor Que es fiel comenzó a responder.

## **La Pregunta Máxima**

Primero, descubrí que la Palabra de Dios en la Biblia es absoluta y sin error. Me habían enseñado que la Palabra es relativa y que su veracidad en muchas áreas debía ser cuestionada. Ahora comencé a comprender que, de hecho, se podía confiar en la Biblia. Con la ayuda de la *Concordancia de Strong*, comencé a estudiar la Biblia para ver qué dice sobre sí misma. Descubrí que la Biblia enseña claramente que es de Dios y es absoluta en lo que dice. Es verdadera en su historia, en las promesas que Dios ha hecho, en sus profecías, en los mandamientos morales que da y en cómo vivir la vida cristiana. “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para



*redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16-17).*

Este descubrimiento se hizo durante una visita a Vancouver, B.C., y a Seattle. Cuando me pidieron que hablara al grupo de oración en St. Stephen’s Catholic Church, tomé como tema la autoridad absoluta de la Palabra de Dios. Era la primera vez que entendía tal verdad o hablaba de ella. Regresé a Vancouver, B.C. y en una gran Iglesia parroquial, ante unas 400 personas, prediqué el mismo mensaje. Biblia en mano, proclamé que “la autoridad absoluta y final en todos los asuntos de fe y morales es la Biblia, la propia Palabra de Dios”.

Tres días después, el arzobispo de Vancouver, B.C., James Carney, me llamó a su oficina. Luego me silenciaron oficialmente y me prohibieron predicar en su arquidiócesis. Me dijeron que mi castigo habría sido más severo si no hubiera sido por la carta de recomendación que había recibido de mi propio arzobispo, Anthony Pantin. Poco después regresé a Trinidad.

## **Dilema Iglesia-Biblia**

Cuando todavía era párroco de Point-a-Pierre, se le pidió a Ambrose Duffy, el hombre que me había enseñado tan estrictamente mientras era Maestro de Estudiantes, que me ayudara. La marea había cambiado. Después de algunas dificultades iniciales, nos hicimos buenos amigos. Compartí con él lo que estaba descubriendo. Me escuchaba y comentaba con mucho interés y quería saber qué me motivaba. Vi en él un canal para mis hermanos dominicos e incluso para los de la casa del arzobispo. Cuando murió repentinamente de un ataque al corazón, me invadió el dolor. En mi mente, había visto a Ambrose como el que podía encontrarle sentido al dilema Iglesia-Biblia con el que tanto luchaba. Había esperado que me hubiera podido explicar, y luego a mis hermanos dominicos, las verdades con las que luchaba. Prediqué en su funeral y mi desesperación fue muy profunda.

Continué orando Filipenses 3:10, “*a fin de conocerle, y el poder de su resurrección*”. Pero para aprender más acerca de Él, primero tenía que aprender acerca de mí mismo como pecador. Vi en la Biblia (1 Timoteo 2:5) que el papel que estaba desempeñando como mediador sacerdotal – exactamente lo que enseña la Iglesia Católica pero exactamente opuesto a lo que enseña la Biblia – estaba mal. Realmente disfruté ser admirado por las personas y, en cierto sentido, ser idolatrado por ellos. Racionalicé mi pecado diciendo que, después de todo, si esto es lo que enseña la Iglesia más grande del mundo, ¿quién soy yo para cuestionarla? Aun así, luché con el conflicto interior. Empecé a ver la adoración de María, los santos y los sacerdotes por el *pecado* que es.

Pero mientras estaba dispuesto a renunciar a María y a los santos como mediadores, no podía renunciar al sacerdocio, porque en eso había invertido toda mi vida.

## **Años de Tira y Afloja**

María, los santos y el sacerdocio eran solo una pequeña parte de la gran lucha en la que estaba trabajando. ¿Quién era Señor de mi vida, Jesucristo en Su Palabra o la Iglesia Romana? Esta pregunta máxima rugía dentro de mí, especialmente durante mis últimos seis años como párroco de Sangre Grande (1979-1985). Que la Iglesia Católica era suprema en todos los asuntos de fe y morales había sido teñido en mi cerebro desde que era un niño. Parecía imposible cambiar alguna vez. Roma no solo era suprema, sino que siempre fue llamada “Santa Madre”. ¿Cómo podría ir en contra de la "Santa Madre", tanto más cuanto que tenía una parte oficial en la dispensación de sus sacramentos y en mantener a las personas fieles a ella?

En 1981, en realidad volví a dedicarme a servir a la Iglesia Católica Romana mientras asistía a un seminario de renovación parroquial en Nueva Orleans. Sin embargo, cuando regresé a Trinidad y nuevamente me involucré en los problemas de la vida real, comencé a regresar a la autoridad de la Palabra de Dios. Finalmente, la tensión se convirtió en un tira y afloja dentro de mí. A veces miraba a la Iglesia Romana como absoluta, a veces a la autoridad de la Biblia como definitiva. Mi estómago sufrió mucho durante esos años; mis emociones estaban siendo desgarradas. Debía haber sabido la simple verdad de que uno no puede servir a dos amos. Mi posición de trabajo era colocar la autoridad absoluta de la Palabra de Dios bajo la autoridad suprema de la Iglesia Romana.

Esta contradicción era simbolizada en lo que hice con las cuatro estatuas de la Iglesia Sangre Grande. Quité y quebré las estatuas de San Francisco y San Martín porque el segundo mandamiento de la Ley de Dios declara en Éxodo 20:4: “*No te harás imagen tallada*”. Pero cuando algunas personas se opusieron a que quitara las estatuas del Sagrado Corazón y de María, las dejé en pie porque la autoridad superior, es decir, la Iglesia Católica Romana, dijo en su ley Canon 1188: “La práctica de exhibir imágenes sagradas en las iglesias para la veneración de los fieles se mantendrá vigentes”. No vi que lo que estaba tratando de hacer era hacer que la Palabra de Dios se sujetara a la palabra del hombre.

## **Mi Propia Culpa**

Mientras había aprendido anteriormente que la Palabra de Dios es absoluta, todavía pasé por esta agonía de tratar de mantener a la Iglesia Católica Romana con más autoridad que la Palabra de Dios, incluso en asuntos donde la Iglesia de Roma decía

exactamente lo contrario a lo que estaba en la Biblia. ¿Cómo podría ser esto? En primer lugar, era mi propia culpa. Si hubiera aceptado la autoridad de la Biblia como suprema, la Palabra de Dios me habría convencido de renunciar a mi papel sacerdotal como mediador, pero eso era demasiado precioso para mí. En segundo lugar, nadie cuestionó nunca lo que hice como sacerdote. Cristianos del extranjero vinieron a Misa, vieron nuestros óleos sagrados, agua bendita, medallas, estatuas, vestimentas, rituales, ¡y nunca dijeron una palabra! El estilo maravilloso, el simbolismo, la música y el gusto artístico de la Iglesia Romana fueron muy cautivadores. El incienso no solo huele acre, sino que para la mente delecta misterio.

## **El Punto de Inflexión**

Un día, una mujer me desafió (la única cristiana que me desafió en todos mis 22 años como sacerdote): “Ustedes, los católicos romanos, tienen una apariencia de piedad, pero niegan su poder”.<sup>2</sup> Esas palabras me molestaron por algún tiempo — porque las luces, las pancartas, la música folklórica, las guitarras y los tambores me eran queridos. Probablemente ningún sacerdote en toda la isla de Trinidad tenía túnicas coloridas, pancartas y vestimentas como yo. Claramente no apliqué lo que estaba ante mis ojos.

En octubre de 1985, la gracia de Dios fue más grande que la mentira que estaba tratando de vivir. Fui a Barbados a orar por el compromiso que me estaba obligando a vivir. Me sentí verdaderamente atrapado. La Palabra de Dios es absoluta en verdad. Debo obedecerla solamente; sin embargo, al mismo Dios le había hecho voto de obediencia a la suprema autoridad de la Iglesia Católica. En Barbados leí un libro en el que se explicaba el significado bíblico de “iglesia” como “la comunión de los creyentes”. En el Nuevo Testamento no hay ningún indicio de jerarquía; se desconoce el "clero" que se enseñorea de los "laicos". Más bien, es como el Señor mismo declaró “...uno es vuestro Maestro, Cristo; y todos vosotros sois hermanos” (Mateo 23:8). Ahora, ver y comprender el significado de la iglesia como “comunión” me dejó libre — dejar de lado a la Iglesia Católica Romana como autoridad suprema y depender de Jesucristo como Señor. Empecé a darme cuenta de que, en términos bíblicos, los obispos que conocía en la Iglesia Católica no eran creyentes bíblicos. Eran en su mayoría hombres piadosos, entregados a la devoción a María y al Rosario y leales a Roma, pero ninguno tenía idea de la obra consumada de la salvación, que la obra de Cristo está hecha, que la salvación es personal y completa. Todos predicaron la penitencia por el pecado, el sufrimiento humano, las obras religiosas, “el camino del hombre” más que el Evangelio de la gracia. Pero por la gracia de Dios vi que no es a través de la Iglesia Romana ni por ningún tipo de obras que uno se salva, “*Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe*” (Efesios 2:8-9).

## **Nuevo Nacimiento a los 48 Años**

Dejé la Iglesia Católica Romana cuando vi que la vida en Jesucristo no era posible mientras permanecía verdadero a la doctrina Católica Romana. Al salir de Trinidad en noviembre de 1985, sólo llegué a la vecina Barbados. Quedándome con una pareja de ancianos, oré al Señor por un traje y el dinero necesario para llegar a Canadá, pues solo tenía ropa tropical y unos cientos de dólares a mi nombre. Ambas oraciones fueron respondidas sin dar a conocer mis necesidades a nadie excepto al Señor.

Desde una temperatura tropical de 90 grados, aterricé en la nieve y el hielo en Canadá. Después de un mes en Vancouver, vine a los Estados Unidos de América. Ahora confiaba en que Él cuidaría de mis muchas necesidades, ya que estaba comenzando una nueva vida a los 48 años de edad, prácticamente sin un centavo, sin tarjeta de residente extranjero, sin licencia de conducir, sin recomendación de ningún tipo, teniendo solo al Señor y Su Palabra.

Pasé seis meses con una pareja cristiana en una granja en el estado de Washington. Expliqué a mis anfitriones que había dejado la Iglesia Católica Romana y que había aceptado a Jesucristo y Su Palabra en la Biblia como todo suficiente. Había hecho esto, dije, “absolutamente, finalmente, definitivamente y resueltamente”. Pero lejos de estar impresionados por estos cuatro adverbios, querían saber si había alguna amargura o dolor dentro de mí. En oración y con gran compasión, me ministraron, porque ellos mismos habían hecho la transición y sabían cuán fácilmente uno puede amargarse. Cuatro días después de llegar a su casa, por la gracia de Dios comencé a ver en el arrepentimiento el fruto de la salvación. Esto significó ser capaz no solo de pedir perdón al Señor por mis muchos años de compromiso, sino también de aceptar Su sanidad donde había sido tan profundamente herido. Finalmente, a los 48 años, solo con la autoridad de la Palabra de Dios, solo por gracia, acepté la muerte sustitutiva de Cristo en la Cruz. Sólo a Él sea la gloria.

Después de haber sido reformado tanto física como espiritualmente por esta pareja cristiana junto con su familia, el Señor me proporcionó una esposa, Lynn, nacida de nuevo en la fe, de modales amables, de mente inteligente. Juntos partimos hacia Atlanta, Georgia, donde ambos conseguimos trabajo.

## **Un Misionero Real con un Mensaje Real**

En septiembre de 1988 salimos de Atlanta para ir como misioneros a Asia. Fue un año de profunda fertilidad en el Señor que una vez nunca hubiera pensado que fuera posible. Hombres y mujeres llegaron a conocer la autoridad de la Biblia y el poder de la muerte y resurrección de Cristo. Me sorprendió lo fácil que es para la gracia del

Señor ser efectiva cuando solo se usa la Biblia para presentar a Jesucristo. Esto contrastaba con las telarañas de la tradición de la iglesia que tanto habían empañado mis 21 años con vestiduras misioneras en Trinidad, 21 años sin el mensaje real.

Para explicar la vida abundante de la que habló Jesús y de la que ahora disfruto, no podrían usarse mejores palabras que las de Romanos 8:1-2: *“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”*. No es solo que he sido liberado del sistema católico romano, sino que me he convertido en una nueva criatura en Cristo. Es por la gracia de Dios, y nada más que Su gracia, que he pasado de las obras muertas a la nueva vida.

## **Testimonio del Evangelio de la Gracia**

En 1972, cuando algunos cristianos me habían enseñado acerca del Señor sanando nuestros cuerpos, cuánto más útil habría sido si me hubieran explicado con qué autoridad nuestra naturaleza pecaminosa se reconcilia con Dios. La Biblia muestra claramente que Jesús nos sustituyó en la Cruz. No puedo expresarlo mejor que Isaías 53:5: *“Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados”*. (Esto significa que Cristo tomó sobre sí mismo lo que yo debo sufrir por mis pecados. Ante el Padre, confío en Jesús como mi sustituto).

Eso fue escrito 750 años antes de la crucifixión de nuestro Señor. Poco tiempo después del sacrificio de la Cruz, la Biblia declara en 1 Pedro 2:24: *“quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados”*. Debido a que heredamos nuestra naturaleza pecaminosa de Adán, todos hemos pecado y estamos destituidos de la gloria de Dios. ¿Cómo podemos estar ante un Dios Santo, excepto en Cristo – y reconocer que Él murió donde nosotros deberíamos haber muerto? Solo a través de la fe podemos ver, entender y comprender a Cristo como nuestro sustituto. Fue Cristo Quien pagó el precio por nuestros pecados: sin pecado, sin embargo, fue crucificado. Este es el verdadero mensaje del Evangelio. ¿Es suficiente la fe? Sí, la fe nacido de nuevo es suficiente. Esa fe verdadera, engendrada por Dios, inevitablemente dará buenos frutos, *“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”* (Efesios 2:10). Al arrepentirnos, dejamos a un lado, por la fuerza de Dios, nuestra forma de vida y nuestros pecados anteriores. No significa que no podamos volver a pecar, pero sí significa que nuestra posición ante Dios ha cambiado. Somos llamados hijos de Dios, porque así lo somos. Si pecamos, es un

problema de relación con el Padre que se puede resolver, no un problema de perder nuestra posición como hijos de Dios en Cristo, porque esta posición es irrevocable. En Hebreos 10:10, la Biblia lo dice maravillosamente: “...somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre”. La obra terminada de Cristo Jesús en la Cruz es suficiente y completa. A medida que confíe únicamente en esta obra terminada, una nueva vida que nace del Espíritu será suya – nacerá de nuevo.

## **El Día Presente**

Mi tarea actual: la buena obra que el Señor me ha preparado para hacer es como ministro del evangelio de la gracia, situado en el noroeste de los E.E.U.U. Lo que Pablo dijo sobre sus hermanos judíos lo digo sobre mis amados hermanos católicos: el deseo de mi corazón y la oración a Dios por los católicos es que *puedan ser salvos*. Puedo testificar acerca de ellos que son celosos de Dios – pero su celo no se basa en la Palabra de Dios, sino en la tradición de su iglesia. Si comprendes la devoción y la agonía que algunos de los hombres y mujeres de Filipinas y Sudamérica han puesto en su religión, puedes comprender el clamor de mi corazón: “Señor, danos compasión para comprender el dolor y el tormento de la búsqueda que devotos católicos han hecho para complacerte.” Al comprender su dolor, tendremos el deseo de mostrarles la Buena Nueva de la obra consumada de Cristo en la Cruz.

Mi testimonio muestra lo difícil que fue para mí como católico abandonar la tradición de la Iglesia, pero cuando el Señor lo exige en Su Palabra, debemos hacerlo. La “apariencia de piedad” que tiene la Iglesia Católica Romana, lo hace más difícil para un católico ver dónde está el verdadero problema. Todos deben determinar por cuál autoridad conocemos la verdad. Para la Roma Papal, la máxima autoridad reside en las decisiones y decretos del Papa reinante. En sus propias palabras, “El Sumo Pontífice, en virtud de su oficio, posee autoridad magisterial infalible cuando, como sumo pastor y maestro de todos los fieles... proclama con un acto definitivo que ha de ser una doctrina de fe o moral como tal” (Código de Derecho Canónico, Canon 749). Sin embargo, según la Biblia, es la Palabra de Dios misma la autoridad por la cual se conoce la verdad. Fueron las tradiciones hechas por el hombre las que hicieron que los reformadores exigieran: “solo la Biblia, solo la fe, solo la gracia, solo en Cristo, y solo a Dios sea la gloria”.

## **La Razón por la que Comparto**

Comparto estas verdades con usted ahora para que pueda conocer el camino de salvación de Dios. Nuestro problema básico como católicos era que el valor y la dignidad personal estaban arraigados en nosotros. Creíamos que podíamos responder

a la ayuda que Dios nos da para estar bien ante Sus ojos. Esta presuposición que muchos de nosotros hemos llevado durante años está aptamente definida en el *Catecismo de la Iglesia Católica* (1994) #2021, “La gracia es la ayuda que Dios nos da para responder a nuestra vocación de convertirnos en sus hijos adoptivos...”. Con esa mentalidad, sin saberlo, nos aferrábamos a una enseñanza que la Biblia condena continuamente. Tal definición de gracia es una fabricación cuidadosa del hombre, porque la Biblia declara consistentemente que la posición correcta del creyente con Dios es “*sin obras*” (Romanos 4:6), “*sin las obras de la ley*” (Romanos 3:28), “*no por obras*” (Efesios 2:9), “*es don de Dios*” (Efesios 2:8). Intentar hacer que la respuesta del creyente sea parte de su salvación y considerar la gracia como “una ayuda”, es negar rotundamente la verdad bíblica – “*Si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia...*” (Romanos 11:6).

El mensaje bíblico simple es que “el don de la justicia” en Cristo Jesús es un don, que descansa en Su sacrificio todo suficiente en la Cruz, “*Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia*” (Romanos 5:17).

Así es como Cristo Jesús mismo dijo, Él murió en lugar del creyente, el Uno por muchos (Marcos 10:45), Su vida en rescate por muchos. Como Él declaró, “*...esta es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados*” (Mateo 26:28). Esto es también lo que proclamó Pedro: “*Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios...*” (1 Pedro 3:18). La predicación de Pablo se resume al final de 2 Corintios 5:21: “*Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él*” (2 Corintios 5:21).

Este hecho, querido lector, se le presenta claramente en la Biblia. Dios ordena ahora su aceptación, “*...arrepentíos, y creed en el evangelio*” (Marcos 1:15).

El arrepentimiento más difícil para nosotros, los católicos empedernidos, es cambiar nuestra mente de los pensamientos de “merecer”, “ganar”, “ser lo suficientemente bueno”, simplemente para aceptar con las manos vacías el regalo de la justicia en Cristo Jesús. Negarse a aceptar lo que Dios manda es el mismo pecado como el de los judíos religiosos de la época de Pablo, “*Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios*” (Romanos 10:3). ¡Arrepiéntase y crea en las Buenas Nuevas!

---

Ha leído el testimonio de un hombre que pasó buena parte de su vida dedicado a las enseñanzas y tradiciones de una iglesia. Sin embargo, descubrió que la verdadera paz, el gozo y el amor solo se obtienen al tener una relación personal con Jesucristo. Esta relación comienza reconociendo y confiando en la obra preeminente de redención de Cristo en la cruz del Calvario para el perdón personal y el poder divino para vivir la vida cristiana.

El hecho de que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos y lo exaltó a la posición que ahora ocupa es la confirmación de Dios de que el único sacrificio que Jesús ofreció fue el sacrificio perfecto, completo y consumado por sus pecados.

Querido amigo, dese cuenta y acepte que Cristo vino al mundo específicamente para morir por sus pecados y que Él pagó el precio completo por todos sus pecados; pasado, presente y futuro (II Corintios 5:21, I Pedro 2:24).

Por lo tanto, ¿se alejará de toda dependencia de usted mismo y las tradiciones del hombre y pondrá su fe y confianza total en el sacrificio suficiente de Cristo en la cruz del Calvario?

Vuélvase al Señor Jesús y dese cuenta de que cuando murió en la cruz, cumplió para siempre la obra de redención necesaria para su salvación. Dios requiere que usted reconozca este sacrificio único y nunca repetido al recibir a Jesucristo, solo por fe, como su Señor y Salvador personal. Que Dios le conceda la convicción y la gracia para hacerlo en este momento.

**Quiero aceptar la oferta amorosa de salvación de Dios. Ahora me doy cuenta de que soy un pecador que necesita de salvación personal. Pongo mi confianza plena y completa en el sacrificio de Cristo en la cruz para salvarme. Ahora creo que Cristo es el único mediador entre Dios y el hombre. Abro la puerta de mi corazón y recibo a Cristo como Salvador y Señor de mi alma. Me arrepiento de mis pecados y le pido que tome el control total de mi vida y me ayude a vivir para Él a partir de este día en adelante. Quiero unirme a una iglesia del Nuevo Testamento que cree en la Biblia y honra a Cristo en mi comunidad. Por favor envíe literatura cristiana**



**para ayudarme a aprender más sobre Cristo y la vida cristiana.**

NOMBRE \_\_\_\_\_

DIRECCIÓN \_\_\_\_\_

ESTADO \_\_\_\_\_ CÓDIGO POSTAL \_\_\_\_\_

FECHA \_\_\_\_\_

Si ha tomado esta decisión por Cristo, firme y envíe por correo este formulario a la siguiente dirección para que podamos regocijarnos con usted y enviarle literatura cristiana.

Escriba a:

Missionary Outreach to Catholics  
P.O. Box 17453  
Louisville, Kentucky 40217-0453

Para los videos de Richard Bennett en línea, busque “Berean Beacon” en <http://video.google.com>.

© Copyright 1998 Richard Bennett. All rights reserved. Permission to reprint is normally granted by contacting the author at the address on the back cover.

## Notas al Pie

<sup>1</sup> expiar – hacer satisfacción por una ofensa por la cual se quita la culpa.

<sup>2</sup> “Teniendo apariencia de piedad, pero negando la eficacia de ella; a los tales evita” (2 Timoteo 3:5).